BOLETIN
DE LA
BIBLIOTECA MENÉNDEZ Y PELAYO
AÑO XIV. — OCTUBRE - DICIEMBRE, 1932. — NÚM. 4

La prensa de entonces

El brindis de Menéndez y Pelayo en el centenario de Calderón

Esas hojas volanderas de la prensa periódica que nos reseñaron actos y acontecimientos que van entrando ya de lleno en la historia, se desperdigan y desaparecen con harta frecuencia, ya por la incuria o maltrato de los hombres, ya por la destrucción del elemento tan deleznable de que están hechas.

Nos proponemos por eso ir recogiendo en nuestro BOLETIN, antes que el tiempo se las lleve consigo, aquellas notas y artículos de la prensa de entonces que comentaron, con elogio o con censura, que como historiadores hemos de ser imparciales, los hechos principales de la vida de Menéndez y Pelayo.

Y comenzamos la serie no siguiendo un orden cronológico, sino echando mano de lo que más a ella se nos viene por estar ya reunido en parte, y desde hace tiempo, en esta Biblioteca del Maestro, o sea lo que constituye el título de este trabajo: El brindis de Menéndez y Pelayo en el Centenario de Calderón de la Barca.

Tuvo tal resonancia este discurso, movió tan apasionados comentarios y polémicas, que pocos periódicos de aquella época, de uno u otro matiz, dejaron de escribir sobre tal asunto.

Y no es de extrañar que así ocurriera en aquel 1881, en el que el recien creado partido fusionista, presidido por Sagasta, acababa de entrar en el poder con una política ecléctica, que se avenía a la constitución del 76 interpretada muy liberalmente, que se avenía muy mal

con los radicalismos de izquierdas y derechas; éstos, que acababan de abandonar el poder después de una larga permanencia en él, y aquéllos recordando sus no lejanos triunfos, y más animosos con los recientes que iban día por día conquistando, como la celebración, con cierto aparato y solemnidad, del 11 de febrero, la derogación de la circular del gobierno conservador, que prescribía a los catedráticos oficiales respetar en sus explicaciones la religión y la Monarquía, la reposición en sus cátedras de los que habían sido separados de ellas por infringir la dicha ley, etc.

La división y el encono entre los partidos de uno y otro bando extremos era profundo; el ambiente estaba caldeado en demasía. Las derechas contaban con periódicos luchadores y bien redactados, como «El Siglo Futuro», órgano oficial del partido carlista, y en el que escribían D. Ramón Nocedal (director), Gabino Tejado, Selgas, Pérez Villamil, D. Antonio Valbuena y otros nombrados escritores. La «Unión Católica» acababa de fundarse por ambos Pidales, D. Alejandro y su hermano el Marqués, y bendecida por la mayor parte de los señores obispos contó desde el primer momento con un crecido número de asociados y un periódico bien escrito, «El Fénix», que dirigía Suárez Bravo. «El Syllabus», de Pío IX, y «El liberalismo es pecado», de Sarda y Salvany, que llegó a alcanzar en poco tiempo la 7.ª edición, alguna de ellas hasta políglota, eran como el catecismo de los católicos, y tras de estos parapetos disparaban constantemente sus flechas desde la prensa, en conferencias y conversaciones familiares.

Por la otra parte, Ruiz Zorrilla, desde el extranjero, se pasaba la vida en conspiración incesante y manteniendo la efervescencia republicana en el país; contaban también con bastante prensa los partidos de izquierda y estaban muy adiestrados en la lucha.

En tales circunstancias políticas es como se celebró el Centenario de la muerte de D. Pealdro Cderón de la Barca, al que habían sido invitados buen número de personalidades y catedráticos del extranjero, personas de creencias muy dispares, y que al llegar a nuestra patria y notar el ambiente de lucha, no supieron mostrar todos el respeto y neutralidad que el caso exigía, como aquel portugués que ante el Monasterio del Escorial, poco antes del día del banquete en El Retiro, se había permitido denostar a Felipe II, creyendo atraerse el aplauso de todos los hombres de izquierda.

Estas y otras manifestaciones poco discretas traían de muy mal talante a la puntillosa prensa de extrema derecha. El mismo día de la celebración del banquete en El Retiro publicaba «El Siglo Futuro» un artículo titulado «Calderón es nuestro», escrito en el tono exaltado del párrafo que transcribimos.

«Sí, ¡Calderón es nuestro! porque es la personificación más limpia y acabada de cuanto creyeron, amaron y esperaron nuestros padres, y de cuanto creemos, amamos y esperamos nosotros, los católicos sin mezcla, que somos sus únicos legítimos sucesores. La fé de España, la fé intolerante e intransigente, la fé de la Inquisición y de los Santos de nuestra tierra, palpita vigorosa y ferviente en cada verso de Calderón, y con ella y a par de ella, y como consecuencia necesaria de ella, el odio a la herejía y a todas sus afinidades, odio nacional y de raza que los católicos de hoy hemos de considerar como nuestro más precioso abolengo, odio popular y rasgo el más saliente de nuestro carácter, odio que ha sido desde Recaredo hasta el dos de mayo el alma de nuestra nacionalidad, y que sigue siéndolo aún de los que no nos hemos resuelto todavía a renegar de nuestra heredada fé para doblar la rodilla, poco ni mucho (entiéndase bien, poco ni mucho), ante el moderno Baal».

Este tono poco moderado con que se expresa «El Siglo Futuro», era entonces harto corriente en la extrema derecha y, sobre todo, en el partido carlista, que acababa de hacer una guerra en la que habían obtenido brillantes victorias y dominado materialmente en una buena parte del territorio nacional.

Los periódicos de izquierda empleaban lenguaje aún más destemplado y de exterminio. No es necesario aducir pruebas y muestras de ello.

El banquete se celebró el 30 de mayo en la Fonda Persa del Retiro y hubo al final varios brindis. Menéndez y Pelayo ni había sido designado para hablar, ni llevaba tales propósitos; pero ante los requerimientos incesantes de los comensales, y las alusiones de los oradores que le habían precedido, se vió obligado a levantarse y a pronunciar el siguiente brindis, que muchos de nuestros lectores conocerán por haberse publicado íntegramente en la biografía de Menéndez y Pelayo, de Bonilla y San Martín y en gran parte en la de Artigas:

«Yo no pensaba hablar; pero las alusiones que me han dirigido

los señores que han hablado antes, me obligan a tomar la palabra. Brindo por lo que nadie ha brindado hasta ahora: por las grandes ideas que fueron alma e inspiración de los poemas calderonianos. En primer lugar, por la fé católica, apostólica, romana, que en siete siglos de lucha nos hizo reconquistar el patrio suelo, y que en los albores del Renacimiento abrió a los castellanos las vírgenes selvas de América, y a los portugueses los fabulosos santuarios de la India. Por la fé católica, que es el *substratum*, la esencia y lo más grande y lo más hermoso de nuestra teología, de nuestra filosofía, de nuestra literatura y de nuestro arte.

Brindo, en segundo lugar, por la antigua y tradicional monarquía española, cristiana en la esencia y democrática en la forma, que durante todo el siglo XVI vivió de un modo cenobítico y austero; y brindo por la casa de Austria, que con ser de origen extranjero y tener intereses y tendencias contrarios a los nuestros, se convirtió en porta-estandarte de la Iglesia, en gonfaloniera de la Santa Sede durante toda aquella centuria.

Brindo por la nación española, amazona de la raza latina, de la cual fué escudo y valladar firmísimo contra la barbarie germánica y el espíritu de disgregación y de herejía que separó de nosotros a las razas septentrionales.

Brindo por el municipio español, hijo glorioso de municipio romano y expresión de la verdadera y legítima y sacrosanta libertad española, que Calderón sublimó hasta las alturas del artes en *El alcalde de Zalamea,* y que Alejandro Herculano ha inmortalizado en la historia.

En suma, brindo por todas las ideas, por todos los sentimientos que Calderón ha traído al arte; sentimientos e ideas que son los nuestros, que aceptamos por propios, con los cuales nos enorgullecemos y vanagloriamos nosotros, los que sentimos y pensamos como él, los únicos que con razón, y justicia, y derecho, podemos enaltecer su memoria, la memoria del poeta español y católico por excelencia; del poeta de todas las intolerancias e intransigencias católicas; del poeta teólogo; del poeta *inquisitorial*, a quien nosotros aplaudimos, y festejamos, y bendecimos, y a quien de ninguna suerte pueden contar por suyo los partidos más o menos *liberales,* que en nombre de la unidad centralista, a la francesa, han ahogado y destruido la antigua libertad municipal y foral de la Península,

asesinada primero por la casa Borbón y luego por los gobiernos revolucionarios de este siglo.

Y digo y declaro firmemente que no me adhiero al centenario en lo que tiene de fiesta semi-pagana, informada por principios que aborrezco y que poco habían de agradar a tan cristiano poeta como Calderón, si levantase la cabeza.

Y ya que me he levantado, y que no es ocasión de traer a esta reunión fraternal nuestros rencores y divisiones de fuera, brindo por los catedráticos lusitanos que han venido a honrar con su presencia esta fiesta, y a quienes miro y debemos mirar todos como hermanos, por lo mismo que hablan una lengua *española*, y que pertenecen a la raza *española;* y no digo *ibérica*, porque estos vocablos de *iberismo* y de *unidad ibérica* tienen no sé qué mal sabor progresista. *(Murmullos).* Sí: *española,* lo repito, que españoles llamó siempre a los portugueses Camoens, y aún en nuestros días Almeida-Garret, en las notas de su poema *Camoens,* afirmó que españoles somos y que de españoles nos debemos preciar todos los que habitamos en la Península Ibérica.

Y brindo, en suma, por todos los catedráticos aquí presentes, representantes de las diversas naciones latinas que, como arroyos, han venido a mezclarse en el grande Océano de nuestra gente romana.»

Durante el discurso, y al final de él, hubo murmullos y muestras de desaprobación de varios comensales, que no intimidaron al orador para dejar de exponer claramente su criterio.

Hoy, que hasta por protestantes ha sido defendida la Inquisición española, y que se ha demostrado repetidamente que lo malo que en sí tenía la Institución más bien era debido a la rudeza de los tiempos; hoy que conocemos con detalle los procedimientos también inquisitoriales y hasta más crueles que se seguían en otras naciones contra los católicos o contra cualquiera otra religión que no fuese la amparada por el Estado, no sería gran motivo de escándalo que se brindara por el llamado Tribunal del Santo Oficio; pero en las postrimerías del siglo pasado era tópico tan corriente el hablar mal de la Inquisición, que no solamente en coplas y cantos populares, sino que constantemente aparece el manoseado tema en los dramas y en la novela, sobre todo en aquellas novelas folletinescas que casi todos los periódicos iban publicando por entregas y muchos lecto-

res coleccionaban cuidadosamente para encuadernarlas en uno, dos o los volúmenes que de sí dieran; pues la mayor parte de estos engendros se sabía dónde y cuándo empezaban, pero nunca cuándo llegaba su fin.

Por eso el brindis de Menéndez y Pelayo en aquel banquete, haciendo una acalorada defensa de la calumniada Inquisición española, cayó como una bomba en medio de aquella reunión.

Otro punto de su discurso atrajo también, especialmente, las iras de buen número de aquella concurrencia. Me refiero al tono despectivo con que habló de la raza germánica al querer ensalzar la latina, de la que él se sentía orgulloso, y a la que había cantado en magníficos versos.

De cuantas ideas vertió en el brindis ésta fué la única que rectificó plenamente andando el tiempo. Si en el hervor de sus años mozos sus entusiasmos por Horacio y la clásica latinidad, y los sinsabores que los conceptos abstrusos del krausismo le proporcionaron, le habían llevado a hablar con notoria, aunque disculpable injusticia, de la raza germana, bien la reparó después en su edad madura cuando escribía sobre «la redentora Alemania, a quien debimos la primera y más profunda rehabilitación de nuestro genio nacional».

Y antes de copiar los comentarios de prensa a este discurso conviene que demos cuenta de otro que pronunció, improvisado también, en el Círculo de Unión Católica, y en que explica su actitud y el por qué dijo en el brindis cuanto dijo. No creemos que este discurso haya aún salido de las columnas de la prensa de entonces, a pesar de ser tan interesante para completar la biografía del maestro.

«El Fénix» del 4 de junio de 1881 en su artículo primero decía lo siguiente: «*El Sr. Menéndez y Pelayo en el Círculo Católico*. No sin motivo levanta todavía gran polvareda en el campo revolucionario el valeroso brindis del Sr. Menéndez y Pelayo, y no sin motivo también provoca entre los católicos manifestaciones de entusiasta adhesión y ardiente simpatía, porque es la afirmación, a la vez, religiosa, filosófica, política, histórica y científica de todas nuestras doctrinas; porque ese brindis, más bien que salido de la garganta de un hombre, parece la cuádruple protesta de la religión de la patria, de la ciencia y del buen sentido.

Ayer noche, como saben nuestros lectores, había velada literaria y musical en el Círculo de Unión Católica, y acudió grande y escogida concurrencia; pero al observar que todos los ánimos estaban preocupados por una sola idea, por un sentimiento exclusivo, por el brindis del Sr. Menéndez y Pelayo, hubo que prescindir del programa y dedicar la velada, casi exclusivamente, al objeto que absorvía la atención de todos los concurrentes.

Después de oir una preciosa sonata de Mozart, ejecutada con su acostumbrada pericia por los miembros del Círculo señores Peña y Mondejar, y un escogido trozo de poesía religiosa leído por el señor Perier, el Sr. Conde de Canga-Argüelles, haciéndose intérprete del sentimiento que henchía todos los corazones, manifestó con breves y oportunísimas frases la necesidad de que el Círculo Católico, ante el gran suceso del día, que era el brindis del Sr. Menéndez Pelayo, que tan honda tempestad había provocado en los mares de la impiedad y de la insipiencia científica, hiciese público por medio de una felicitación expresiva, su conformidad con todos los principios e ideas tan valientemente expresados, y con tan concisa elegancia formulados por el prodigioso joven, en el banquete de los catedráticos. Creia el Sr. Conde de Canga-Argüelles, y creía muy bien, que a la Unión Católica correspondía, principalmente, dar esta muestra de admiración al Sr. Menéndez Pelayo, no sólo por el objeto, sino por ser también el sabio y joven académico miembro de la Asociación, que se envanece de tenerlo en su seno.

Los ruidosos aplausos con que fueron acogidas las palabras del Sr. Conde hicieron patente que este había herido la cuerda sensible.

He aquí su elocuente llamamiento:»

Copia el discurso del Sr. Canga-Argüelles, y continúa el artículo con los siguientes párrafos.

Inmediatamente se dió lectura a la felicitación, concebida en estos términos:

«La Unión Católica se adhiere con entusiasmo a los principios, ideas y sentimientos expresados por el Sr. Menéndez Pelayo en el brindis que pronunció en el banquete de los catedráticos con motivo del Centenario de Calderón.

Reunido el Círculo en sesión extraordinaria acuerda por unanimidad consignarlo así públicamente para dar al Sr. Menéndez Pelayo solemne testimonio de profunda simpatía, admiración y reconocimiento.

Esta felicitación empezó a cubrirse de firmas, que a su tiempo publicaremos.

Acto contínuo, el Sr. Pidal (D. Alejandro), a fin de demostrar que las ideas vertidas en el brindis por el sabio catedrático se hallaban ya expresa y extensamente contenidas en sus anteriores escritos, leyó una concluyente y admirablemente escrita disertación sobre la polémica sostenida, con maravilla de todos los sabios, contra los señores Azcárate, Salmerón, Revilla y Perojo por el señor Menéndez Pelayo, cuando apenas contaba diecisiete años; polémica en que quedó amplia y satisfactoriamente vengada la Ciencia Española de las detracciones de la ignorancia.

En esto entró en el Círculo el que era objeto de aquella manifestación. Todos los concurrentes se pusieron en pie, rompiendo en aplausos, que se prolongaron por dos o tres minutos. El Sr. Menéndez Pelayo, conmovido por aquella espontánea ovación, dictada por la admiración y la gratitud; el Sr. Menéndez Pelayo, que tiene demasiado talento y demasiada ciencia para ser vano, tomó la palabra con voz sofocada por la emoción, y parece como que quiso escusarse de un acto que será para él un timbre de gloria, como lo es para todos los que profesamos culto a Dios, a la patria y a la verdadera ciencia.

Lean nuestros lectores su discurso:

«Señores: No hallo términos con que expresar a la Unión Católica la gratitud que siento al ver el franco, noble y espontáneo entusiasmo con que se ha asociado a un acto mío, que, con valer poco en sí, ha tenido inusitada resonancia, y me está valiendo estos días la animadversión, el encono y las más feroces detracciones de los revolucionarios de todos los colores. No quiero repetir la historia, puesto que todos la sabeis. ¿Ni qué mérito contraje en hacer lo que hice? ¿No es deber de todo católico confesar públicamente *coram hominibus* su fe, en viéndola atacada? ¿Quién de vosotros no hubiera hecho lo mismo, con igual o mayor energía, y con una elocuencia de que yo carezco?

Imaginaos una reunión en su mayor parte hostil a todo lo que sentimos y creemos libre pensadora y racionalista en gran parte.

Tened presente el espíritu que allí reinaba de libertad del pensamiento, de emancipación de la razón, unido al insensato empeño de *sumar* ideas heterogéneas y contradictorias. Recordad que hubo

quien osó (sin protesta de nadie) brindar por Julio Ferry, el autor de las leyes de instrucción anticatólicas, el perseguidor de las Comunidades religiosas en Francia, el sacrílego debelador de crucifijos.

¿Quién de vosotros, provocado a hablar en tal ocasión, hubiera dejado de hacerlo? ¿Quién de vosotros, ya tomada la palabra, hubiera dejado de hablar como yo hablé, ensalzando todas las grandes ideas del siglo de Calderón, y volviendo por la honra del gran poeta que servía de pretexto a tales profanaciones? ¿Quién hubiese dejado de acentuar más y más las frases recias y aún ásperas de su discurso, a medida que se hacían más violentos los murmullos, las interrupciones y las muestras de desaprobación?

Espectáculo hermoso el que esta noche me ofrece la Unión Católica, adhiriéndose tan de corazón a mi brindis, a despecho de las cuestiones incidentales que pueden separarnos en materias opinables. Todos estais conformes conmigo en la proclamación de la unidad católica, que hizo nuestra grandeza en el siglo de oro. Todos lo estais en la glorificación de la España antigua, y en que sus principios santos y salvadores tornen a informar la España moderna. Por algo nos llamamos «Unión Católica».

Bastan vuestro cariño y vuestra simpatía a hacerme olvidar del todo la lluvia de dicterios, injurias y menosprecios de todo género con que estos días me ha regalado la prensa periódica que alardea de liberal y de tolerante. Desde los más conservadores hasta los más radicales pocos o ninguno han dejado de tirar su piedra contra mí.

Si no temiera pecar de soberbio os diría que esas injurias me animan y hasta me enorgullecen. Pero como católico, os diré sólo que perdono de todo corazón a sus autores, y entiendo que nacen sus atàques más bien de extravío del entendimiento, cegado por falsas doctrinas, que de malicia de voluntad, y que más bien que a mi persona, oscura e insignificante, se dirigen a la santa verdad, de la cual he sido indigno intérprete en esta ocasión.

¿Y qué otra fuerza que la de la verdad pudo obligarme a hablar y a desafiar tales iras, cuando todos sabeis que yo, por mis condiciones físicas, nada aptas para la oratoria, por la índole paciente y sosegada de mis estudios e investigaciones, y hasta por mi carácter, no busco desatentadamente el ruido, la notoriedad y el escándalo, y rara vez tomo la palabra en público?

En suma, os doy las gracias por la simpatía cordialísima que me habeis manifestado, y os declaro que estoy satisfecho de haber hecho lo que hice, con la satisfacción que produce el deber cumplido, y que confirmo y ratifico en todas sus partes el brindis, cuyas ideas capitales había yo expuesto antes muchas veces, sobre todo en *La Ciencia Española* y en la *Historia de los heterodoxos.*

E. S. R.

(Continuará)